

Enrique Tamay

El mejor de mis amigos

Ilustraciones:

Antonio Bonicelli

loqueleg

Llegué a Trujillo a las siete de la mañana. Mi abuela Teodora fue a esperarme al terminal terrestre. Faltaba poco para cumplir los doce años. Ni bien bajé del bus con mi equipaje, me abrazó y lloramos juntos. Soy el único hijo de su hija Rosaura, mi madre, por lo tanto, el único nieto.

—Tu amiguito Luis Miguel llegó ayer —me dijo conforme íbamos en taxi del terminal a su casa.

Luis Miguel tenía la misma edad que yo, y vivía con sus padres también en Lima. En las vacaciones de fin de año su mamá lo traía a Trujillo, a la casa de su abuelo Manuel. Para estas fechas solíamos encontrarnos. Íbamos a la playa, a la piscina, al cine, jugábamos sin cansancio y peloteábamos en una losa deportiva con los otros muchachos del barrio. Nos llevábamos bien. Su mamá era amiga de la mía, y su abuelo y su tía, vecinos de mi abuelita. Vivían en La Esperanza, cerca de Huanchaco. Luis, al igual que yo, nació en Trujillo, pero ambos vivíamos en la famosa Ciudad de los Reyes, en lugares distantes. Muy poco nos visitábamos, a veces en uno que otro cumpleaños. Allá trabajaban nuestros padres.



Mi abuela, para esta Navidad, me tenía una sorpresa mejor que la del año pasado, eso me dijo. Llegué de viaje y lo primero que hizo fue prepararme el desayuno: leche fresca y pan francés con queso, mantequilla, manjar blanco y mermelada. Me preparó dos huevos a la copa y le di las gracias, una de las palabras mágicas que cultivo desde muy pequeño.

—Por lo que veo sacaste buenas notas, así me ha contado tu mamá.

—Sí, abuelita, estoy bien en mis estudios. Ya terminé la primaria. Mi papá dice que he salido inteligente a él, aunque mi mamá dice que a ella.

—Hijito, a ninguno de los dos les creas, has salido a tu abuela, así diles, a tu abuela, a ver qué dicen.

Mi abuelita y yo estábamos contentos. Nos volvíamos a reencontrar después de casi un año.

—Abuelita, ¿no le da pena vivir solita?

—No, hijito, ya me acostumbré. Son muchos años.

—Usted podría adoptar un niño o una niña.

—¿Qué dices? ¿A mi edad? Por más que quisiera, no es lo mismo.

—Tendría con quién conversar. Se acompañarían. Hay muchos niños que están abandonados por sus padres.

—Sería bonito, pero ya estoy vieja, esa es la verdad. Las fuerzas ya no son las mismas, me duelen los huesos, no escucho ni veo bien.

—¿Ve?, mejor si adopta a alguien. Le acompañaría y le ayudaría en los quehaceres de la casa. Claro que tendría que ir al colegio.

Como respuesta mi abuela me dio un beso en la frente; tierna, su manita acarició mi cabello y su mirada fue dulce. Era la mejor abuela: cariñosa, amorosa, consentidora,

diferente de mi abuela paterna. Mi abuelo paterno y el materno habían muerto.

—Mejor si te adopto a ti —dijo.

—Yo encantado, abuelita, aunque mis papás no creo que acepten. Qué van a querer. Ni locos.

—Yo sería la mujer más feliz del mundo, pero tú tienes que estar al lado de tus padres. Yo ya viví. Tengo más de setenta. Ustedes tres son una familia y tienen que estar juntos en las buenas y en las malas. Tú tienes que estudiar, ser profesional. Un día tal vez quieras casarte, tener hijos. Así es la vida. Para eso los padres crían a sus hijos. Yo crié a tu madre, hice de ella una mujer profesional. Eso es bueno. Ellos quieren lo mejor para ti.

—Abuelita, por qué mejor no te vienes a vivir con nosotros, tú también eres de la familia. Mis papás te quieren. Les va gustar.

—Sería bonito, pero mejor te prometo que de hoy en adelante voy a visitarte más seguido. Te lo mereces.

—Para los cumpleaños de mi mamá y de mi papá, ¿irá también?

—Es un trato.

—Si usted lo dice...

—Palabra de abuela.

—Abuelita, ¿es cierto que los padres crían y los abuelos malcrían?

—¿Quién dice? A ver, tú dime, ¿yo te malcrío? Puras mentiras. No creas todo lo que dicen.

—Mi mamá dice que cuando yo era chiquito, usted me consentía en todo, o sea me malcriaba.

—Dice eso porque yo con ella fui dura. Fue para su bien. Hice las veces de su padre desde su adolescencia.

Hasta tuve que castigarla. Pero a ti, no, hijo, nunca lo haría. A lo mucho me podría enojar un ratito. Yo me veo reflejada en ti. El amor de una madre es diferente al de una abuela. Si tu madre da la vida por ti, yo doy la vida por ambos. Son mi única familia. Yo sé que cuando muera, tú vas a llevar flores a mi tumba, vas a conversar conmigo, me harás muchas preguntas y me recordarás por siempre. De eso estoy segura.



Martes 14

A las nueve salí corriendo en busca de mi mejor amigo. Mi abuela me había dicho que tuviera mucho cuidado, que no hablara con gente desconocida ni que recibiera nada extraño. La casa del abuelo de Luis Miguel estaba a una cuadra de la de mi abuela.

Toqué el timbre, aguardé impaciente y al momento la cortina se corrió. Era él, Luis Miguel; saltaba de emoción, sus labios detrás del vidrio pronunciaban mi nombre y con su mano me pedía que aguardara. La puerta estaba con llave. Llamó a su tía, su nombre era Margarita, tenía como cincuenta años, no estaba casada y para nada le agradaba que los chicos le dijeran *señora*: «Señorita, yo soy señorita, muchacho malcriado». Yo ya estaba sobre avisado, así que le decía como a ella le gustaba.

La tía abrió la puerta, le gustó verme, puso la mejilla y le di un beso. Me hizo pasar, volvió a asegurar la puerta, preguntó por mi madre, me encargó sus saludos y se retiró a seguir con sus quehaceres. Luis Miguel y yo nos abrazamos.

Esa mañana su abuelo había salido muy temprano con dirección al banco para cobrar su jubilación, y con vino no llevarlo.

—Tenemos que ejecutar nuestro plan.

¿Plan? ¿Cuál plan? Si teníamos uno, pendiente, en agenda, realmente lo había olvidado.

—¿No te acuerdas? Tu abuela y mi abuelito. ¿Es que te olvidaste o te estás haciendo el olvidadizo?

En las vacaciones pasadas habíamos jurado que si nos volvíamos a ver en Trujillo, haríamos todo lo posible para juntar a nuestros abuelos, que se casaran si fuera posible, ya que estábamos convencidos de que los dos se seguían queriendo como antes. Ellos habían sido enamorados en su juventud, pero por culpa de la madre de mi abuela terminaron con esa relación. Después mi abuela Teodora se casó con otro hombre, y el abuelo de Luis Miguel, don Manuel, se casó con otra mujer; por coincidencia, ambos abuelos ya eran viudos. Esta historia la conoció por boca de su tía Margarita. Lo curioso de todo esto es que yo no conocí a mi abuelo y Luis Miguel tampoco a su abuela.

—¿Tienes algo planeado?

—Dos cabezas piensan mejor que una —me dijo.

Yo no sabía qué hacer.

—Tenemos que hacer algo. Mi abuelo la sigue queriendo y parece que tu abuela también a él. El otro día la vimos haciendo compras en el mercado. Mi abuelo se plantó como una roca y la quedó mirando con ojos de enamorado. Ella se dio cuenta, se hizo la distraída mientras consultaba precios. Apenas se saludaron. Estaba nerviosa y colorada.

—¿Qué podemos hacer?

—Hay que inventar algo.

—Como qué.

—Qué te parece si a tu abuela le hacemos llegar rosas, y que diga en la tarjeta: «De parte de Manuel, para la mujer más bonita del mundo».

—¿Sin que se entere tu abuelo?

—Nadie, y menos ellos.

—Se van a molestar si nos descubren.

—Espérame, ahorita vengo.

Luis Miguel se metió a la habitación de su tía y volvió al rato. Yo seguía sentado en el sofá. Su expresión era de júbilo. Lo había conseguido. Tenía dos horas de permiso para jugar conmigo en el parque. Saltamos de alegría. Era una mentira piadosa. Nuestro plan estaba en camino. Nos despedimos de la tía y lo primero que hicimos fue dirigirnos al mercado con nuestras propinas. Las rosas tenían que ser blancas y rojas. Los colores preferidos de mi abuela. Tenían que gustarle, ella misma las cultivaba en más de un macetero. El caso era cómo se las hacíamos llegar a sus propias manos, sin que sospechara de nuestro artificio.

—Ya sé —me dijo—, pero tiene que parecer real.

La idea era buena. Luis Miguel tenía que quedarse en el mercado con el ramo en su poder, tomando jugo de papaya, y yo, mientras tanto, debía ir a la casa de mi abuela a esperarlo. Después, a la media hora, él mismo, asolapado, me entregaría en la puerta el ramo, desaparecería en el acto y yo, todo inocentón, se lo entregaría a mi abuela: «Abuelita, un joven ha traído estas rosas para usted, dijo que eran de parte de don Manuel, está escrito en la tarjeta». Ese fue el acuerdo, era un hecho, todo estaba cronometrado al milímetro. Pero sucedió que se demoró más de lo debido y encima llegó sin las rosas.

- ¿Y las rosas?
- Las regalé.
- ¿Qué?
- Cómo que «las regalé», ¿a quién se las regalaste?
- Sus ojitos son verdes.
- ¿Qué?
- María Isabel, creo que se llama María Isabel.
- Pero si eran para mi abuelita. ¿Y ahora?
- Es bonita.
- ¿Cuántos años tiene?
- Tendrá once o doce.
- Yo no la conozco.
- Mejor.
- ¿Eres celoso?
- Es muy bonita.
- ¿Y las rosas? ¿Y mi abuela? ¿Qué hacemos ahora?

Teníamos un plan.

En ese momento apareció mi abuela, abrió mucho los ojos y me preguntó qué planeábamos. Por un momento quise decir algo, pero ella se me adelantó:

—Está bien, picarones, vayan a jugar, pero nada de travesuras, así que se portan bien, que nada les cuesta.

Simulando cierta complacencia, sutil, salí corriendo con Luis Miguel y, en el camino con dirección a la losa de fulbito, le dije:

- No te olvides que me debes cinco soles.
- El ramo nos había costado diez.

10 p. m.

—Abuelita, ¿tú crees que el sueño es primo hermano de la muerte? Se lo escuché decir a un viejito.

Yo estaba en pijama, acostado entre sábanas limpias, con los dientes bien cepillados. Mi abuela estaba sentada al filo de mi cama, me tenía tomado de las manos.

—Eres muy pequeño para que estés pensando en esas cosas, y menos a la hora de dormir.

—Abuelita, a la muerte no hay que tenerle miedo. Claro que no me gustaría morir; a nadie, me parece.

—Pero tú estás muy chico para hablar de la muerte, ¿dónde se ha visto? Mejor oremos, encomendémonos al Señor.

—A Dios todas las noches le pido que la cuide mucho, que no le pase nada malo. Siempre pienso en usted, abuelita.

—Gracias, que Dios te escuche. Tienes un corazón grande. Lo mismo pido para ti, que te proteja siempre.

—A mí me gustaría ser su ángel de la guarda, de veras, para cuidarla de día y de noche.

—Pero qué dices, mi amor, claro que eres mi angelito. Eres todo para mí. Te quiero y te voy a querer siempre, eres mi único nieto.

—Yo los quiero a todos: a ti, a mi mamá, a mi papá, a mi amigo Luis Miguel y a su abuelo.

—Yo lo sé bien, hijito. Eres un amor de persona.

—Voy a orar.

—Oremos juntos.

Crucé mis manos y cerré mis ojos.



Miércoles 15

- ¿Qué tienes? Te veo triste. ¿Ha pasado algo?
- Mi abuelo está en el hospital.
- ¿Acaso le ha pasado algo malo? ¿Está enfermo?
- Lo han baleado.
- ¿Qué dices? ¿Cómo pasó?
- Le quisieron robar su plata. Fue esta mañana después de cobrar en el banco su jubilación.
- ¿Acaso no cobró ayer?
- Un señor del banco le dijo que regresara hoy día. Allí fue, a la salida, después que cobró. Felizmente, unos señores lo llevaron al hospital a tiempo. El doctor dice que se va a salvar. Si no fuera por esos señores, mi abuelito estaría muerto.
- ¿Ya le avisaron a tu mamá?
- Mi tía le avisó por teléfono y llega mañana.
- Es mejor si viene, y no te preocupes que tu abuelo es fuerte.
- ¿Quién es fuerte?
- Era mi abuela Teodora, tenía una bolsa de junco en sus manos, acababa de llegar de hacer compras del mercado.